

JOHN BRUSHWOOD, *Una especial elegancia. Narrativa mexicana del porfiriato*. Serie El Estudio. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura, 1998.

ALICIA BUSTOS TREJO  
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

*UNA ESPECIAL elegancia* lleva a un dilatado recorrido por la narrativa mexicana de los años que corresponden al porfiriato, como indica el subtítulo; debe apuntarse, sin embargo, que los años en los que John Brushwood centra sus estudios abarcan de 1895 hasta los primeros de este siglo, es decir, los últimos quince años del régimen de Porfirio Díaz, que se singularizan porque se ha alcanzado una engañosa estabilidad, y la divisa de paz y orden presenta fisuras que se van acentuando y crean así una situación política y social de resquebrajamiento que inevitablemente se asimila en la literatura.

Acucioso lector de nuestras letras, el estudioso norteamericano da muestra cumplida de ello en estas páginas, no deja suelto ningún cabo, realiza un análisis exhaustivo de novelas —Rabasa, Delgado, Nervo, Gamboa, Frías, entre otros— y cuentos —Micrós, López Portillo y Rojas, *Carne de cañón*, de Marcelino Dávalos, *Cuentos del general*, de Riva Palacio, por destacar algunos de ellos—; es, pues, el sustancioso universo narrativo el que parece ofrecerle mejores argumentos para sustentar la tesis que emparenta los diversos ensayos recogidos en este libro: la relación entre literatura y sociedad.

estas producciones novelísticas, lejos de ser expresiones aisladas de crítica social, tienen una relación clarísima con el pensamiento de la época, y el tratamiento que reciben los temas en cada una de ellas refleja la ideología y la finalidad peculiares del autor (47).

Brushwood aborda los textos desde la vastedad de sus múltiples perspectivas, los recorre minuciosamente y alcanza todas las aristas que ese maravilloso poliedro le ofrece. Toma como punto de partida la anécdota como tal y de ella devana, uno a uno, los elementos temáticos sustanciales: los problemas de desigualdad social, en el ambiente urbano y en el rural, las clases sociales oprimidas, la conciencia del hombre como tal y su capacidad de superación como individuo, la discriminación entre el hombre de la ciudad y el hombre del campo, la idealización de la mujer, la mujer víctima del aparato social, la dualidad romántica de los personajes femeninos que oscilan entre lo diabólico y lo angelical.

A la vez que desbroza estos tópicos va conformando una conceptualización de las corrientes literarias que abarca el periodo estudiado —romanticismo, realismo, naturalismo y modernismo—, y establece, así, presupuestos teóricos de nuestra literatura: qué recoge de las escuelas francesa y española; cómo lo tamizan los novelistas mexicanos según las circunstancias de su contexto; cómo lo asimila el escritor modernista y cómo infunde un nuevo espíritu a la literatura y a la actitud del poeta. Temas todos ellos, tanto los que conciernen a lo social como los que apuntan esbozos teóricos, que aparecen ineludiblemente relacionados al contexto histórico —son el efecto natural de una causalidad muy precisa—, y para el crítico norteamericano por ello mismo quedan explicados.

En los tres ensayos que abren el libro, “La novela mexicana frente al porfirismo”, “Lo que los mexicanos entienden por realismo y naturalismo” y “Una especial elegancia (1892-1906)”, cercanos en su fecha de composición, apuntala sus aseveraciones sólidamente, con ejemplos muy atinados; transita sin obstáculos de un autor a otro, y de una obra a otra, no sólo en el terreno de la creación, también en el de la crítica aporta información interesante —la vinculación de los escritores con la crítica contemporánea a ellos—, avanza y retrocede cronológicamente sin perder la perspectiva histórica.

Estos ensayos iniciales se van complementando y depurando entre ellos mismos, van de lo general a lo particular, desde la presentación de un diorama completo de las letras en el porfiriato, va delimitando su campo de acción, precisa hipótesis, teoriza, para, finalmente, a modo de

gran conclusión en “Una especial elegancia” ofrecer un parangón entre el realismo-naturalismo, así acotado por el propio Brushwood, y el modernismo, y su vinculación con el entorno social.

El realismo-naturalismo, sustenta el investigador norteamericano —aunque su fuente más inmediata es la realidad— aparece en nuestro país, paradójicamente, como un movimiento que se ampara, sobre todo, en el costumbrismo —como mero cuadro— y en el tradicionalismo, lo que lleva, en ocasiones, a una insistente vuelta a los tópicos románticos. De allí la importancia que concede al libro de Vicente Riva Palacio, *Cuentos del general*, a los relatos de José María Roa Bárcena y José María Esteva, y a la novela *Angelina* de Rafael Delgado, que al no predicar ninguna ideología política o social, aparecen como productos inherentes a la escasa vocación de realizar crítica, que responde al temor de romper ese equilibrio tan artificialmente mantenido, la “superficie laqueada” (143) de un régimen que en el momento que mostraba una mayor consolidación era precisamente cuando iniciaba su ocaso:

tanto la historia como la leyenda podían contribuir a la estabilidad porque ofrecían materiales, ya sea para la evocación de los viejos buenos tiempos, o para dar confianza en que los años de incertidumbre habían pasado (70).

Como contrapartida, cuaja en tierras americanas el modernismo, un movimiento plenamente revitalizador, que con su eclecticismo, su cosmopolitismo, su dinamismo, su ímpetu creador y renovador, da nueva vida a las letras. “Había llegado un periodo de auténtica conciencia artística” (76) y los escritores modernistas —poetas, narradores— con esta conciencia y la actitud de cambio, la rebeldía y la preocupación permanente por el esteticismo, se encontraban más comprometidos con la realidad que sus antecesores.

estos escritores no se hallaban separados, de manera singular, del mundo en que vivían. Se encontraban presentes en él y lo que los rodeaba los afectaba; pero su interpretación estaba regida por un punto de vista artístico que representa una clase particular de radicalismo (83).

Brushwood confirma su aserto deteniéndose en la producción novelística de Amado Nervo (*El bachiller*, *Pascual Aguilera*, *El donador de almas*), Federico Gamboa (*Apariencias*, *Suprema ley*, *Metamorfosis*, *Santa*) y Heriberto Frías (*Tomóchic*). En estas novelas, escritas en su mayoría en el último decenio del siglo XIX (*Santa* fue publicada en 1903) halla la manifestación de las inquietudes más acusadas que iban poblando el ambiente, que hacía cada vez más urgente la necesidad de revisión y de modificación profunda de los hechos sociales.

En general los textos responden a una determinada presencia temática, a veces reiterada en exceso; sin embargo, hay dos ensayos en los que varía el método: “Mensaje y significado en *Suprema ley*, de Federico Gamboa”, del que no se proporciona fecha ni dato alguno de haber sido publicado anteriormente, y “Estrategias narrativas contra el tradicionalismo: López Portillo, Nervo y Méndez de Cuenca” (1994).

El estudioso norteamericano da un giro en sus objetivos y ya no es primordial estudiar las obras literarias en relación directa e inmediata con su contexto; ello le lleva a sondear los textos por sí mismos. Así, en *Suprema ley*, analiza a los personajes a través del uso de las voces narrativas, se vale del modelo propuesto por Roman Jakobson —la relación transmisor-receptor—, y a partir de él establece los puntos de convergencia, o de divergencia, emanados de los diversos microcosmos que se van engarzando y dan sentido cabal a la función de los personajes dentro de la novela.

Cuando diserta sobre las estrategias narrativas, relaciona la obra con su contexto literario en un proceso que crece gradualmente: cómo se sitúa el texto en su época; qué rasgos calificados como conservadores permanecen en ella; cuáles son los elementos que le conceden la calidad de innovadora, y cómo varía la naturaleza de estos elementos: cuando se aleja de un propósito didáctico (“La horma de su zapato”, de López Portillo y Rojas), la conciencia del acto de elaborar el texto (*El donador de almas*, de Nervo), o bien por su temática más que por procedimientos técnicos (*El espejo de Amarilis*, de Laura Méndez de Cuenca).

John Brushwood se propuso, mediante estos ensayos, dar una visión crítica de nuestra novelística de fines del siglo XIX y los primeros años

del xx, sin apartarse nunca de su objetivo fundamental: la relación literatura y sociedad, relación que observa diferentes matices y direcciones. La más constante es la que permite observar a la narrativa como producto de su época, atendiendo a circunstancias externas; otra, menos constante, pero igualmente significativa, es la que obedece a una fuerza centrípeta, el texto se cierra sobre sí mismo y, sin embargo, no deja de aparecer un guiño que merodea la cuestión social, sea meramente por la clase social a la que pertenecen los personajes o por la significación final de cada novela respecto de la sociedad que la generó.